

LOS PIRATAS DEL LIBRO EN AMÉRICA

(*Nuevo Mundo*, 19-1-1923)

Mi amigo Eduardo Zamacois ha protestado en estas páginas del despojo editorial que sufrimos muchos escritores españoles en ciertas repúblicas hispanoamericanas. Todos los libros aparecidos en la Península que pueden interesar a los lectores de América –especialmente las novelas– son reimpresos sin permiso del autor, quedándose con los productos de la venta los sujetos que realizan tal atentado. Estos son, casi siempre, librereros nacidos en el país o de origen italiano. Algunas veces también suele ser algún compatriota nuestro que ha abierto librería allá, y pone en práctica el generoso y sabido refrán: «Lo que hay en España es de los españoles».

Yo gozo el triste privilegio de ser el autor español más saqueado en América, y hasta me atrevo a decir que uno de los autores del mundo al que distinguen con especial predilección los tales piratas.

En realidad, ningún novelista se enfada, verdaderamente, al sufrir por primera vez este despojo. El escritor, digan lo que digan de él, ama siempre la gloria más que el dinero. Por eso protesta de mentirijillas, y en el fondo de su ánimo siente orgullo al verse saqueado, pues lo considera como una consagración internacional. Piensa que si le roban sus libros es porque empieza a ser célebre fuera de su patria. Y al mismo tiempo que insulta de dientes afuera al editor ladrón, le dedica un oculto agradecimiento por haberle distinguido con su ratería entre los demás compañeros de letras.

En la psicología del escritor abundan estas contradicciones. Yo confieso que hace veinticinco años, cuando por primera vez me robó *La barraca* un editor de Buenos Aires, no dije nada contra él, y hasta le hubiese escrito dándole las gracias por la atención de que me hacía objeto. Es mucho después, al pasar los años y aumentarse al mismo tiempo la celebridad y las necesidades de dinero, cuando empieza uno a considerar como broma pesadísima que le roben los libros que produce, y se enriquezcan con ellos, sin dar recompensa alguna.

De todas las novelas que llevo escritas no hay una sola que haya dejado de ser publicada de nuevo por los corsarios editoriales de las repúblicas americanas. Con tal insistencia se aprovechan de mi trabajo, que ya no puedo dar mis obras a los periódicos de España antes de imprimirlas en volumen.

Un ejemplo. Hace año y medio, un semanario ilustrado de Madrid publicó en varios números mi novela *El paraíso de las mujeres*. Cuando la edición española llegó a



América, las librerías de allá tenían ya en sus escaparates *El paraíso de las mujeres*, editado por una casa de Montevideo. El tal... editor –por no darle otro nombre– había ido imprimiendo el volumen según llegaban los números de la revista de Madrid. Lo mismo me ha ocurrido recientemente con *La tierra de todos*, publicada en *La Esfera*.

La aparición de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* marcó la época de mayor prosperidad y desarrollo para la vergonzosa industria editorial del otro lado del Atlántico. Debo confesar que estos piratas tuvieron buen ojo para ver lo que el barco nuevo llevaba en sus entrañas. Mucho antes del éxito obtenido por mi libro en los Estados Unidos e Inglaterra, ellos supieron adivinarlo, y se lanzaron al asalto de la presa. Solamente en Chile tres casas editoriales publicaron tres ediciones distintas. Además, la novela fue reimpressa en el Perú, en Méjico y otras repúblicas. Que yo sepa, son catorce las ediciones hechas sin mi permiso en toda la América que habla nuestra lengua.

La edición española de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, o sea la verdadera y legal, ha obtenido hasta el presente una cifra de tiraje entre 120.000 y 130.000 ejemplares. Pocas novelas españolas creo que han alcanzado dicha cifra; pero, indudablemente, esta hubiese sido doble o triple, de no existir la piratería editorial americana. Uno solo de dichos editores confesó haber vendido 12.000 ejemplares de su impresión.

He protestado y protesto contra el robo de que soy objeto cada vez que publico un nuevo libro, no solo por mí, sino también por mis compañeros, y las respuestas que obtienen allá mis quejas unas veces me indignan y otras me hacen reír, pues resultan verdaderamente cómicas.

Uno de los editores que hizo magnífico negocio imprimiendo sin mi permiso *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* me escribió, muy ofendido por una carta que publiqué en los periódicos de su país llamando pilletes a los que roban mis obras: «Sepa usted, señor –me dijo–, que mi Casa es una sociedad anónima, con un capital de siete millones de pesos. No crea usted que trata con un cualquiera...». Y con su protesta no me envió ni un peso. Fue lo mismo que si, al volver una noche a mi domicilio en París, me saliese al encuentro un ladrón, me derribase de un golpe en la cabeza, para robarme la cartera, y dijera, viéndome en el suelo:

—No crea usted, señor, que soy un apache. Vivo en los Campos Elíseos, y a la vuelta de la esquina me espera mi automóvil Cadillac.

Cierto jurisconsulto ultramarino contestó a mis protestas con la teoría inaudita de que un sudamericano que compra una mesa en Europa tiene perfecto derecho a hacerla copiar por los ebanistas de su país, e igualmente si adquiere una novela española por cinco pesetas, puede hacer que la reproduzcan los impresores americanos. Algunos periodistas de allá me llamaron «español reaccionario, del tiempo de la colonia», dudando de que fuese republicano, ni demócrata. «¿Qué democracia puede ser la de un escritor que protesta porque se reimprimen sus libros, oponiéndose de este modo a la ilustración del pueblo?...». Esto tendría cierto aspecto de falsa verdad si los que nos roban los libros los diesen gratis, procediendo como los «bandidos generosos», que despojaban a los ricos para hacer limosna a los pobres. Pero las ediciones ilegales se venden a buen precio y enriquecen a los que las perpetran.